

FERNANDO NAVARRO

Todo lo
que importa
sucede en
las canciones

CANCIONERO

1. «Workingman's Blues #2». Bob Dylan, 11
2. «Are You Alright?». Lucinda Williams, 24
3. «Good Vibrations». The Beach Boys, 37
4. «If I Can Dream». Elvis Presley, 52
5. «Born to Run». Bruce Springsteen, 73
6. «In Dreams». Roy Orbison, 93
7. «Tom Traubert's Blues (Four Sheets to the Wind in Copenhagen)». Tom Waits, 105
8. «That Lucky Old Sun». Aretha Franklin, 124
9. «Keep Me in Your Heart». Warren Zevon, 142
10. «Scenes from an Italian Restaurant». Billy Joel, 158
11. «Hey Jude». The Beatles, 174
12. «Because the Night». Patti Smith, 189
13. «Rockin' in the Free World». Neil Young, 201
14. «Flirting with Time». Tom Petty, 212
15. «Changing of the Guards». Bob Dylan, 226

*A Belén Bermejo, por su risa y
por creer en este libro antes que nadie.*

Y a mi hijo, por todo.

«Una canción es algo que camina por sí mismo».

BOB DYLAN

«Las canciones son bellas mentiras
al servicio de la verdad».

BRUCE SPRINGSTEEN

«WORKINGMAN'S BLUES #2»

Bob Dylan

BOB DYLAN DIJO UNA VEZ que no importa tanto de dónde vienen las canciones sino adónde te llevan. Es posible. Subrayé esta frase en un libro de entrevistas a Bob como siempre hago cuando creo que hay pensamientos que no deben perderse con el viento o, simplemente, no quiero que se me olviden. Pocas cosas he aprendido en la vida y una de ellas es a no fiarme de mi cabeza. El otro día se me olvidó hacerle el bocadillo a Alejandro a la salida del colegio. Llegaba tarde y pensé que iban a darme el título de peor padre del año, así que paré el coche enfrente de un supermercado y me bajé a comprar pan y embutido. Con las prisas, aparqué mal y, al salir, me encontré una multa de 90 euros. El bocadillo de salchichón me terminó costando 93'60 euros y ni siquiera era salchichón ibérico. Me acordé de mi madre, que solía decir: «Más vale lápiz corto que memoria larga». También me vino a la mente Rosa. A ella nunca se le olvida el bocadillo y a veces me dice que, si prestase igual de atención a la vida que a la música, no me iría dejando la cabeza por todas partes. A decir verdad, solo utilizo el lápiz para subrayar frases de libros como si fueran a preguntármelas en un examen de ingreso a la universidad del rock'n'roll, o alguna cosa así que no existe, pero que algún día pensé que molaría que alguien la hubiese inventado, tal y como algún espabilado hizo con la carrera de Periodismo. Visité

tanto esta frase de Dylan que hasta me la aprendí. Quizá por eso se la solté a la psicóloga en nuestra primera sesión. Al oírla, me miró con sus ojos saltones e hizo una anotación en su cuaderno. Percibí que, además de escribir, hacía un círculo, como si remarcara que aquello era valioso, o tal vez señalase que, en ese punto, cuando cité a Bob como si fuera un filósofo, no entendía nada de mí. Entonces, pensé que, con su gesto serio, estaba ignorando lo que decía y repasaba su lista de la compra. El círculo rodeaba una palabra tan sencilla como, por ejemplo, tomates. A fin de cuentas, comprar tomates para ella era más útil que comprenderme. ¿Por qué hablé ese día de Bob Dylan? Ni idea. Otro día repetí la frase en una charla con unos estudiantes. Me quedé en blanco al comenzar la exposición y me salió como quien desenfunda antes de tiempo en un duelo. Me sentí un tramposo cuando una chica sonrió confiada, dándome a entender que delante de ella había un tipo que tenía respuestas. No era verdad. Me había quedado sin ellas, aunque la chica no tenía por qué saberlo. Nadie tenía por qué saber nada de mí ni yo nada de nadie. Una cosa es hablar de música y otra vivir.

Había pensado en esas palabras de Dylan muchas veces, pero ninguna como la mañana que me mudé al piso. Me senté en el suelo del salón rodeado de cajas precintadas con todos mis discos y me vi como una pieza de Tetris mal encajada en la pantalla, tan absurdamente puesta que había descolocado todo y echado a perder la partida. Había aprovechado que Rosa trabajaba y Alejandro estaba en el colegio para hacer la mudanza. Bueno, más bien el traslado de mis discos, mis libros y mi ropa. Suficiente berenjenal como para que los transportistas terminasen cobrándome un extra porque no se esperaban tantos discos y, en palabras de uno de ellos, había más que «borrachos en verbena». Su olor a anís denotaba que conocía bien las verbenas. Me llevé todo a un piso vacío, donde me instalé para pensar qué hacer con mi vida. Al abandonar la casa en la que había estado viviendo con Alejandro y Rosa, puse «Workingman's Blues #2» en el móvil como si cayese el telón de una función sin

aplausos y, entre bambalinas, me esperase Bob Dylan con su voz rasposa para decirme: «Vamos». La última vez que lo había visto en concierto en Madrid ya había imaginado algo similar cuando él y su banda se lanzaron a tocar «Workingman's Blues #2». Fue una sorpresa que interpreté como una señal. Así de perdido estaba. La canción sonó de una manera casi irreconocible, pero el viejo Bob, de pie frente al piano, con traje blanco y sombrero, me clavó un dardo cuando sin mucha emoción pero demasiado oficio masticó aquellos versos que llevaban un tiempo empujándome en otra dirección. Quizá fue la primera vez que sentí que mi vida, tal y como era, me estaba consumiendo. Quién podía saberlo. Era como experimentar por primera vez el miedo: una vez que se cuele en los huesos se vive con la sensación de que siempre ha estado ahí. Corría julio de 2015 y, antes de ese concierto, habría apostado toda mi colección de discos a que nunca hubiese hecho lo que hice: separarme e irme a vivir solo. Apenas un año y medio después, a mí no me echaban del casino de Torrelodones como a Sabina. Al contrario, me buscaban para regalarme su tarjeta de cliente especial mientras sus encargados se mofaban de mí. «Queremos al tipo que perdió todo a impar. Mira que no conformarse con lo que tenía...». Sí, yo era ese menda, el mismo que, si bien conservaba todos sus discos, ahora era torero en los callejones del juego y el vino. Ese tipo que, sobre todo, había olvidado lo que significaba el verbo ganar.

Para cuando me mudé, solo sabía de canciones como «Workingman's Blues #2», que escuchaba todos los días desde aquel concierto. Cuando la puse por primera vez en el piso nuevo, se expandió por la estancia vacía. Resonó como la lluvia de invierno. De nuevo, me pareció escuchar a Bob a mi lado diciéndome: «Aquí estás». Sus primeras notas siempre me relajaban. Sonaban y no me sentía tan ajeno a mí. Y, sobre todo, podía imaginarme a Bob como una sombra que planeaba cerca. Una noche de borrachera le mandé a Martín un mensaje para contárselo y me contestó: «Deja las drogas, cabrón». Toni, siempre más diplomático, escribió: «Sí que

estás triste, bro». Menos mal que no les conté que lo sentí más cerca en Nochebuena, al poco de mudarme y justo cuando más echaba de menos a mi hijo. Fue como una epifanía, aunque seguramente me pasé con el vino y solo estaba dentro de un coche mal aparcado y que parecía tan estropeado como yo. «Workingman's Blues #2» era lo único que me importaba. Me la traían al paio el frío cortante y el silencio abrumador de afuera. También la cena y los regalos. Solo me importaba la canción. Ese chisporroteo instrumental al comenzar, abriendo una grieta en la noche. Bajo su atmósfera, me daban igual la Navidad, el nacimiento de Cristo y todas las religiones que se hubieran inventado en la historia de la humanidad. Solo creía en Bob Dylan. Era el único que estaba ahí conmigo.

A la psicóloga no le comenté nada de la canción ni de esa Nochebuena. Supongo que para que no pensase que estaba tarado del todo. Tampoco sabía cómo explicar que aquella melodía suave se mecía en mi coche como un columpio movido por el viento y que, si cerraba los ojos, podía verme con Alejandro. El día anterior había estado con él en el parque y me dijo que, si nos hubiera tocado el Gordo, me habría comprado muchos discos y un triceratops. Podría haberlo hecho con el cupón que su madre jugaba siempre con su familia, pero no con el mío. Era el primer año que no jugaba uno con ellos y que no había comprado ni participado con nadie en una tradición que siempre me hacía un agujero en el bolsillo antes que arreglármelo. Y ya tenía suficientes agujeros. El último de ellos con el alquiler de un piso que, por su coste, más bien parecía que correspondía a un ático con piscina. Pero Alejandro no sabía eso. Aquella mañana solo quería meterme goles en una portería imaginaria entre dos árboles y pasaba de ponerse el pasamontañas. Me enfadé un poco con él, por negarse, aunque en el fondo me gustó. Yo tampoco quise nunca calzarme en la cabeza ese invento del demonio y me encantaba que mi hijo tuviese ese punto de rebelde. Con el pasamontañas en la mano, le miré detenidamente mientras corría a por el balón. Era la primera Navidad

«ARE YOU ALRIGHT?»

Lucinda Williams

ERA NUESTRA PRIMERA SESIÓN y no sabía qué contar a esa pava. La psicóloga se sentó enfrente de mí, en un amplio sofá negro. Pensé que era perfecto para tirarse en él y dejar la vida pasar mientras giraba un vinilo, pero nada invitaba a ello en esa consulta de uno de esos edificios señoriales del barrio de Salamanca. La habitación tenía una decoración austera: una mesita junto al sofá, una lámpara de pie y un par de estanterías con algunos libros de psicología. Era como estar en un despacho médico. Me acordé del primer capítulo de *Los Soprano*, con Tony observando todo y guardando silencio ante la mirada atenta de la doctora Jennifer Melfi. A mí los silencios siempre me incomodan y resolví aquello hablando más de la cuenta, sin ninguna dirección, como rellenando el tiempo, comentando la dificultad de aparcar en la zona o la amenaza de tormenta que anunciaba el cielo. Para algunas cosas era lo contrario a Tony: ni sabía estar callado ni ordenaba dar palizas cuando algo me molestaba. Pero no podía negar que, como él, me preocupaba adónde se fueron los patos. Sin embargo, no era algo que quisiera comentar.

Con un tono neutro, aquella mujer me ofreció agua y me pidió que le dijese por qué estaba ahí. No tenía ni idea. Había ido por cumplir con una promesa que le había hecho a Rosa antes de mudarme al piso. Nada más. Todavía recordaba su voz quebrada

y los pañuelos de papel sobre la mesa baja del salón cuando me pidió que, por favor, fuera a un psicólogo con el fin de ordenar lo que parecía más desordenado que nunca. Es decir, con el fin de ordenarme a mí. En esa mañana de miércoles, no sabía qué hacía allí ni tenía mucho que decir. De hecho, minutos antes, cuando me encontraba en la sala de espera, había estado a punto de salir disparado. Me sentí un imbécil cuando en el pasillo me pareció oír la voz de un hombre que conocía de una discográfica y, en un acto reflejo, me tapé la cara con una revista de viajes. Nada comparable a cuando llegué a la consulta. Me confundí y abrí la puerta que había enfrente, que era la de una clínica médica especializada en disfunciones eréctiles. Me di cuenta una vez dentro, cuando la chica de la recepción ya me había saludado y hecho tomar asiento. Me levanté lentamente y me disculpé diciendo que me había equivocado. Ella, con una amplia sonrisa, me preguntó si de verdad lo había hecho. Le contesté que sí, aunque lo dije con cierto sudor frío por mi torpeza y las prisas que aún arrastraba. Ella insistió en la pregunta. Volví a responder que sí. Ella me sonrió más todavía y me dijo que si era la primera vez que iba a una consulta de ese tipo. Yo le dije que sí, pero que, de verdad, iba a otra clínica. Sonrió más, observándome fijamente, y, ya a salvo en el rellano, solté abruptamente: «Creo que el pene hasta ahora me funciona. Es la cabeza lo que no me va bien». Todo era ridículo, empezando por mí mismo.

A la psicóloga le expliqué lo de mi salida de casa y mi recién estrenada etapa en un piso vacío, a tan solo dos manzanas de donde vivían Rosa y Alejandro. «¿Por qué tan cerca?», me preguntó. Me parecía tan obvio que hasta me molestó un poco la pregunta. Le dije que por mi hijo, por tener la posibilidad de verlo casi todos los días. Ella anotó algo en su cuaderno. Fue lo primero que escribí y no dejó de tomar notas durante toda la sesión. Parecía una empujona cogiendo apuntes. Quizás fueron demasiadas notas, o quizás pocas. No podía saberlo: nunca había asistido a una consulta con un psicólogo. No tardó en querer saber cómo me sentía. «¿Cómo

estás?»), soltó, como si su caña en un ejercicio de estrategia y habilidad suprema hubiese descubierto el modo de pescar algo en mí y aquella pregunta no fuera sino encontrarse con un anzuelo abandonado en la orilla de un río. «No lo sé», dije. Dudé si añadir algo hasta que lo hice como por obligación: «Imagino que algo triste». «Háblame de tu tristeza», pidió, acomodándose en el sofá.

¿Que le hablase de mi tristeza? ¿Cómo se hacía eso, colega? ¿Quería que la intentase sustraer de mí, de todo el resto de mi ser, de mi cuerpo, mi cabeza y mi corazón, de cualquier minúscula célula de lo que estaba formado, como si pelase una cebolla, dejando el tallo a un lado y las peladuras al otro y diciendo esto vale y esto no, esto, que es la tristeza, se puede tirar a la basura? ¿Cómo hablaba de ella? Pensé en decirle que había una canción de Lucinda Williams que había escuchado en el coche, yendo a su consulta, y que allí, en esa melodía y esa voz arrastrada, podía encontrar mi tristeza, o lo que fuera que me pasara. Esa mañana, justo antes de salir del piso, me había llegado una notificación de Spotify al móvil recordándome mis canciones más escuchadas del año. Por segundo año consecutivo, «Workingman's Blues #2» estaba en lo más alto de la lista. Era el repaso de 2016, pero yo seguía instalado en el siglo pasado. La segunda más reproducida era «Are You Alright?», de Lucinda Williams. De camino a esa primera cita, la escuché dos veces. Había un hilo directo de esa canción a mi tristeza. El jodido algoritmo hablaba ya por mí. Lo único que podía decir es que aquella doctora podría agarrar el disco *West* y escucharlo como quien se sumerge en el mar. Era la única forma de entenderme. También la única forma de explicarme. Quería decirle a esa mujer de las gafas de funcionaria que lo escuchase a conciencia y que, antes de darle al *play*, cogiese aire con los dos pulmones, contuviese la respiración y se zambullera, que buceara hasta llegar al fondo. Iba a ser una sensación extraña, la de flotar mientras no había respiración, parecería que iba a asfixiarse, pero quedaría suspendida en ese limbo sin aire, contemplando el fondo, aturdida por la experiencia. Y, si no le

«GOOD VIBRATIONS»

The Beach Boys

LA OTRA NOCHE APARECIÓ el casete de los Beach Boys, justo cuando venía de pasar el día de Reyes con Alejandro y se acababa de anunciar que Tom Petty volvería a tocar en Europa después de tantos años. La víspera habíamos ido a la Castellana a ver la cabalgata. Es cualquier cosa menos un desfile de ilusión. Más bien es el gran festín de un manicomio, donde los niños acuden tocados de serie y los padres se convierten en locos a los que nadie les pone camisa de fuerza. Horas de espera para coger sitio y acabar entre gritos y llantos, en una guerra de trincheras, por unos caramelos. Dan ganas de que el niño cumpla del tirón quince años, aunque eso supondría arrebatarle una magia que nunca más volverá. Puede que no sea plan. Por la noche, Alejandro se metió en la cama preguntándome por qué me había mudado. Le contesté que por trabajo, e inmediatamente me esforcé por que se centrara en los regalos que le esperaban cuando despertase. Antes de cerrar los ojos, me dijo que uno de los regalos de los Reyes Magos podría ser que volviese a casa con él. Sus palabras fueron como un puñetazo. Intenté que el golpe no se me notase mucho, menos aún que lo notase Rosa, que me dejó dormir en el salón para estar todos cuando amaneciese el esperado día. Aproveché para dejar un buen *whisky* para el rey Baltasar, el preferido de Alejandro, que, como buena alteza, se bebió.

Fue ya en el piso, al día siguiente, cuando me paré a pensar que no iba a tener respuestas para algunas de las preguntas de mi hijo. Era como intentar hablar sin voz. Me puse a abrir cajas y en el fondo de una de ellas, entre montones de discos, estaba sepultada aquella cinta de carátula negra con la imagen colorida de un surfista.

Al coger el casete de los Beach Boys, entendí a Proust cuando se comió la magdalena mojada en la taza de té. Su sabor y su aroma desencadenaron el recuerdo intenso de la casa de su tía Leoncia. Inmediatamente le trajo a la cabeza cada detalle de su pasado. Le pegó con fuerza: aquella simple magdalena empapada lo llevó a escribir siete libros, a los que dedicó catorce años de su vida. Menudo viaje. No quiero imaginarme a Proust enganchado a una canción. Si yo he llegado a escuchar «Workingman's Blues #2» más de veinticinco veces seguidas o si la puedo poner todos los días como quien reza una oración antes de irse a la cama, qué demonios no hubiese hecho él. Proust podría haber sido el melómano más flipante del universo de haber vivido en la era del pop. O simplemente un capullo más sufriendo con saña a partir de una canción. Al menos, nos hubiese dejado una enciclopedia sobre alguna de esas composiciones melancólicas de las que es difícil escapar en horas bajas. Quién sabe. La hubiesen leído cuatro marginados, seguramente los mismos cuatro que hoy se leen *En busca del tiempo perdido*. Mi casete de los Beach Boys tiene una de esas canciones. Y no es una cualquiera. Es un canon de la nostalgia hecha música. Especialmente de mi nostalgia, que es la que se encadena irremediamente a determinadas melodías y luego se traga la llave. Entendí a Proust porque con la cinta se me agolparon recuerdos de mi infancia. Fue como el impacto de un meteorito.

«Good Vibrations» es mi magdalena de Proust. No se lo dije con estas palabras a la psicóloga porque no pensé en la cinta en ese momento, pero, cuando me pidió que le hablase de mi infancia y mi adolescencia, acabé reconociéndole que hay canciones que me despiertan recuerdos que de otra manera jamás me vienen y que,

por tanto, necesitaría escucharlas para conseguir ser más preciso sobre mí. Me examinó con atención y se le escapó una sonrisita, sin más. Fue en la segunda sesión cuando quiso que le contase un poco de mis años de vida hasta conocer a Rosa. Pensé que quería entender mi regresión y que eso le serviría para explicar los motivos que me llevaron a salir de casa e irme a vivir solo. Toni me dijo que es algo normal que suelen hacer los psicólogos. Después de su separación, él también había ido a uno y le comentó que la regresión es un mecanismo que intenta definir comportamientos de las personas que huyen del presente. De alguna forma, yo huía del presente, o de algo, aunque Toni, como buen colega, me dijo que no le diera tantas vueltas. Acababa de empezar con la psicóloga y no tenía por qué entender todo. Desde que me he ido de casa vivo en una nebulosa de trabajo absorbente, noches de concierto y barras de bar que derivan en una buscada soledad al llegar al nuevo piso, donde pongo discos para no pensar más de la cuenta. Me los enchufo como quien intenta encender una bombilla a punto de fundirse: deseando que se quede alumbrando, pero apagándose en un estado de ruina. Cuando apareció el casete de los Beach Boys, cogí un álbum recopilatorio del grupo que tenía a la vista, busqué la canción «Good Vibrations» y quise enchufarme más que nunca. Giré la rueda del volumen hasta llegar casi al máximo para que temblase todo el edificio. Tengo suerte: no hay nadie a quien molestar porque vivo solo sin vecinos en la última planta y abajo hay una señora medio sorda a la que no le afecta mi música. Con «Good Vibrations» bien alto, fui el único en temblar, absorbido por sus vibraciones intensas y extrasensoriales. Me pasó como a Proust: me pegó un viaje. Era noche cerrada y el salón sin muebles acabó por convertirse en aquel cuarto de mi casa del viejo barrio, ese cuchitril que habité de chaval, donde, entre juguetes en desuso, escuché sin descanso mis primeras canciones.

«Good Vibrations» habla de un momento que son todos los momentos. Cuentan que Brian Wilson, principal compositor de

«BORN TO RUN»

Bruce Springsteen

ROSA Y YO HEMOS hablado con la profesora de Alejandro para informarle de que nos separábamos. Queríamos que tuviese todas las claves por si veía algún cambio en el comportamiento de nuestro hijo. La psicóloga me dijo ya en la primera sesión que sería recomendable que su tutora escolar lo supiese y que, incluso, Alejandro fuera a un psicólogo infantil si veíamos que hacía llamadas de atención o tenía una actitud diferente con nosotros. Rosa también me lo había advertido. Como dicen todos, Alejandro tiene seis años y nuestra separación puede afectarle mucho. Obvio. La psicóloga señaló que, en cualquier caso, era algo que no se manifestaría de forma inmediata. Al menos, el día que nos reunimos con la profesora nos tranquilizó. En principio, nuestro hijo estaba bien. De alguna forma, Alejandro se había acostumbrado a verme poco en casa por las tardes debido a las exigencias de mi trabajo. Además, habíamos continuado la rutina de desayunar juntos y llevarlo al colegio, y con nuestro hábito de pasar tiempo jugando al fútbol en el parque los fines de semana. Ese día, la profesora también comentó que para la nueva situación ayudaba que Alejandro fuera algo inmaduro para su edad, un niño demasiado metido en su mundo interior y en sus juegos de dinosaurios. De hecho, dijo que, a veces, salía con cosas raras, muy suyas, como la mañana que en clase ella preguntó cómo